

SANTA MAGDALENA SOFIA BARAT



SANTA MAGDALENA SOFÍA BARAT

Fundadora de la Sociedad
del Sagrado Corazón

Rafael María López-Melús

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla



¡Fuego, fuego!

Jesús vino al mundo a traer fuego, como él mismo diría y su deseo era que todo él ardiera en amor hacia el Padre...

Este fuego lo heredará la pequeña Magdalena Sofía Barat y cuando sea mayor tratará de extenderlo por todas partes por sí misma primero y por sus hijos después.

Era el doce de diciembre de 1779 cuando en la turbulenta Francia, en un hermoso pueblo de la Borgoña, en Joigny, nació una linda niña del matrimonio Jacobo y Magdalena.

Mientras en casa de los Barat saltaban todos de alegría por el feliz acontecimiento, en la casa vecina todo eran sobresaltos y corridas: había empezado un enorme fuego que amenazaba acabar con todo. Por ello, cuando ya mayorcita a Magdalena las vecinas le preguntan: —«¿Quién te trajo al mundo?»— Contestará balbuciente: —«El fuego, yo vine del fuego».

Al Sagrado Corazón de Jesús se le suele esculpir o pintar con fuego en el Corazón. Magdalena Sofía se hará eco de este fuego del Sagrado Corazón y tratará de arder ella misma y después transmitirlo a todos los que tengan contacto con su vida.

En el hogar de los Barat reina una gran paz y se practican todas las virtudes cristianas. Por ello la pequeña Magdalena tiene ante sí una escuela permanente con sólo contemplar a sus padres y hermanos.

Su padre era propietario de muchos viñedos y por ello la niñez y juventud de nuestra protagonista se desarrollará en un clima sano y de amor a la naturaleza. Siempre Madre Barat sentirá ese atractivo hacia los campos que aprendió desde niña.

El mismo Concilio Vaticano II nos ha recordado que uno de los cinco modos cómo se hace presente Dios a los hombres es por medio de la naturaleza. Los Santos quedaban extasiados al contemplar tanta belleza...



Un rígido educador

Aquella niñita nacida en un momento de tanto peligro era de constitución endeble pero pudo resistir a todas las dificultades que le ofreció la vida. El Señor velaba sobre ella porque cuando fuera mayor le confiaría empresas muy importantes para su gloria y el bien de sus hijos los hombres.

El Señor la dotó de una inteligencia despierta y un carácter vivaracho. Ella misma recordará de mayor que a los diecisiete meses ya pensaba en el Señor y se daba cuenta de las cosas.

¡Cuánto disfrutaba de corretear por los viñedos de su padre y coger florecillas!

Muy pronto aprendió a leer y se dedicó a estudiar el catecismo. Era siempre la primera del grupo y el señor cura cuando veía que ninguno de los niños sabía contestar ya sabía lo que debía hacer: preguntar a la espabilada de Magdalena seguro de que conocería la respuesta. No se equivocaba.

Nuestra pequeña era espontánea y sincera a carta cabal. Cierta día explicó el sacerdote la confesión y ni corta ni perezosa la diminuta Magdalena empezó en público a decir sus pecaditos... Todos se echaron a reír. Ella no los comprendió. Cuando sea mayor ya comprenderá que los pecados se dicen en secreto al representante de Dios y no en público...

Por temperamento era vehemente, llena de nervios, pero ya desde ahora se los sabrá dominar hasta tal punto que siempre aparecerá como una persona pacífica y calmada.

Como su hermano Luis le llevaba muchos años de edad tomó en serio la educación de su hermana y casi tomó esta obligación como algo sagrado. Este era muy bueno pero muy severo consigo mismo y con los demás. A la pobre Magdalena le esperaban ratos muy dolorosos por este rígido educador que cumplía su misión más con temor que con amor.



«Más virgiliana que cristiana»

Luis, su hermano, quería con pasión a la pequeña, pero era demasiado severo con ella. El era fuerte, ya un jovencito. Entregado a los estudios pues estaba preparándose para ser sacerdote. Era más bien de temperamento serio, muy responsable.

El fue el padrino de su hermanita. Y así como en tantas ocasiones los padrinos se limitan a hacer un regalito el día de su santo a sus apadrinados... Luis, no. El tomó con severidad exagerada su cometido. Sus mismos padres descansaban de esta misión educadora de su hijita porque sabían que el hijo mayor cumplía a las mil maravillas su cometido.

Entre otras cosas Luis quería que su hermanita fuera una doctora el día de mañana. Para ello había que educarla muy bien en todos los sentidos. Era necesario que estudiara.

Le daba clases de lenguas clásicas: latín y griego y llegó a dominarlas de tal forma que las hablaba. También lenguas modernas como el castellano y el italiano. Le encantaba Santa Teresa y quería leer sus obras en su lengua original para poder sacar más provecho de su lectura. Llegó a calar tan hondamente en estas obras de la Doctora del Carmelo que se sabía de memoria grandes párrafos de Las Moradas. De todos era conocida su frase: «El español es la lengua más apropiada para hablar de Dios». Parece que ya antes que ello había confesado lo mismo el emperador Carlos V.

También se entregó al estudio de las ciencias y las artes. Era en pequeño toda una enciclopedia... Todo este saber que le exigía su severo profesor y padrino intentando sacar de ella una doctora le llenó demasiado su cabecita y parece que se olvidó un poco de lo principal. Se enamoró de tal forma de la poesía y literatura del inspirado poeta Virgilio que llegó a decir de ella misma: «En aquel tiempo a veces me sentía más virgiliana que cristiana».



Revolución

¡Cuánto se escribe de esta palabra, en tantas ocasiones vilipendiada! El primer y más grande revolucionario ha sido Jesucristo pero de un tinte bien diferente del que usan los falsarios revolucionarios de nuestros días. Para estos revolución consiste en volver todo al revés. En hacer cosas raras y exigentes a los demás. En dar la vuelta al calcetín aunque sea pisoteando los valores humanos. La que trajo y vivió Jesucristo y enseñó a sus seguidores es la de hacer el bien, construir la bondad, ayudar a que el mundo sea más justo, mejor, en todos sus sentidos, esa es la verdadera revolución no la que dio comienzo en Francia cuando Magdalena contaba diez añitos.

Su hermano y padrino, el exigente Luis, era ya diácono el 1789. No había querido hacer el juramento de acatar aquellos inicuos principios y por ello le perseguían. Para ponerse a salvo había que huir de Joigny y marchar a la gran urbe de París. Y él pensó: también aquí peligra mi jovencita apadrinada y hermanita. Me la llevo conmigo y allí seguirá mi educación con ella hasta que saque una obra maestra.

Al comunicar esta decisión a su madre lo sintió profundamente pero las razones del hijo mayor la convencieron.

El viaje fue lleno de sobresaltos y dificultades. Por fin una vez ya en París Magdalena se dedicó como pudo a dar clases de catecismo a los niños pequeños y a la vez seguía su propia formación integral.

Pero... un día llega la fatal noticia: Luis está en la cárcel y se teme lo peor. Casi todos los que entran en aquel calabozo salen para el cadalso. La madre no hace mas que llorar. Va a caer enferma.

La pequeña Magdalena hace lo mismo. Su madre se alarma. Si la pequeña no come en vez de uno va a perder a los dos hijos. Por fin, con esta estratagema, Magdalena consigue que su madre coma y se tranquilice.



«Ven y sígueme»

Recordamos la escena evangélica: El Señor Jesús cuando empezó su vida pública lo hizo llamando a unos cuantos discípulos para que le acompañaran. Y ellos, dejándolo todo: casa, parientes, estilo de vida... le seguían sin condiciones. Pero en una ocasión llamó a un joven rico y este estaba más apegado a sus riquezas que a su propio bien y... no le siguió al Maestro.

La jovencita Sofía tanto en Joigny como en París se entregaba a la oración y a la lectura del evangelio —sin olvidar las rígidas lecciones de su maestro y hermano Luis— y este buen Maestro, con mayúscula, le iba adoctrinando según la doctrina de Santa Teresa, de San Ignacio de Loyola, de San Francisco Javier... y quería seguir sus ejemplos.

Pero ¿cómo? ¿Cuándo? No precipitarse. Ya llegará la hora del Señor.

Su hermano Luis ya creía que su obra había concluido y pensó que ahora habría que pensar en otros maestros que moldearan la obra que él pensaba que Jesús iba madurando en su hermana y en alguna de sus amigas. Por ello envió a estas jovencitas a entrevistarse con un conocido y piadoso sacerdote, el P. Varín, que pertenecía a la Sociedad francoalemana de padres del Sagrado Corazón de Jesús. P. Varín era un convertido y fogoso a estilo de San Ignacio de Loyola.

Toda Francia caminaba ahora un poco desembocada y aturdida con la Revolución. La Iglesia fue duramente perseguida y los valores humano-cristianos tirados por tierra. La reacción no se hizo esperar. Surgieron pronto legiones de almas que para hacer contrapeso aspiraban a la santidad llevando una vida de total entrega a Dios. Aquí estaba el interrogante de Magdalena. ¿A dónde me llama el Señor? ¿Al Carmelo? ¿A la vida activa? Se puso en las manos de Dios. El hablará.



El Sagrado Corazón de Jesús

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús se extendió sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XVII por obra de Santa Margarita de Alacoque, religiosa de la Visitación de Paray le Moniale.

Siempre en la Iglesia se dio culto al Sacratísimo Corazón de Jesús y a la Humanidad de Cristo aunque Santa Teresa estuvo en peligro de que sus libros fueran prohibidos por este tema, pero después, gracias a Dios, se vio que tenía razón.

Santa Margarita de Alacoque fue la elegida por Dios para atajar la herejía jansenista. El impulso que entonces tenía esta fervorosa devoción era especialmente para resaltar la Pasión y sufrimientos del Señor: «He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres y sin embargo de ellos sólo recibe injurias e ingratitudes» dijo en cierta ocasión el Sagrado Corazón a la Vidente de Paray le Moniale.

Madre Magdalena Sofía fue elegida por el mismo Corazón de Jesús para dar otra visión a esta devoción: llevar el amor de este Sagrado Corazón de Cristo a la juventud como medio de mejor vivir los consejos y la doctrina del Evangelio.

Pero antes de dar este paso definitivo la pobre Magdalena pasó sus apuros e indecisiones. ¿Dónde me quiere el Señor? ¿Vida contemplativa en el Carmelo? ¿Entregada a los pobres y niños en el mundo? Ella sólo quería acertar la voluntad de Dios. Sus compañeras la tomaron pronto como Madre y líder y esperaban su respuesta. El P. Varín vino en su ayuda y con energía le dijo: «Sofía, todo lo encamina Dios. El ya ha dicho su palabra. Ya no es tiempo de pensar más. la esmerada educación que has recibido no quiere el Señor que la sepultes en un convento contemplativo. Debe lucir para bien de las almas. Yo en nombre de Dios así os lo declaro».



Sociedad del Sagrado Corazón

Luis Barat ya era sacerdote. Había salido de la cárcel y trabajaba clandestinamente para llevar la paz a muchas conciencias durante la persecución.

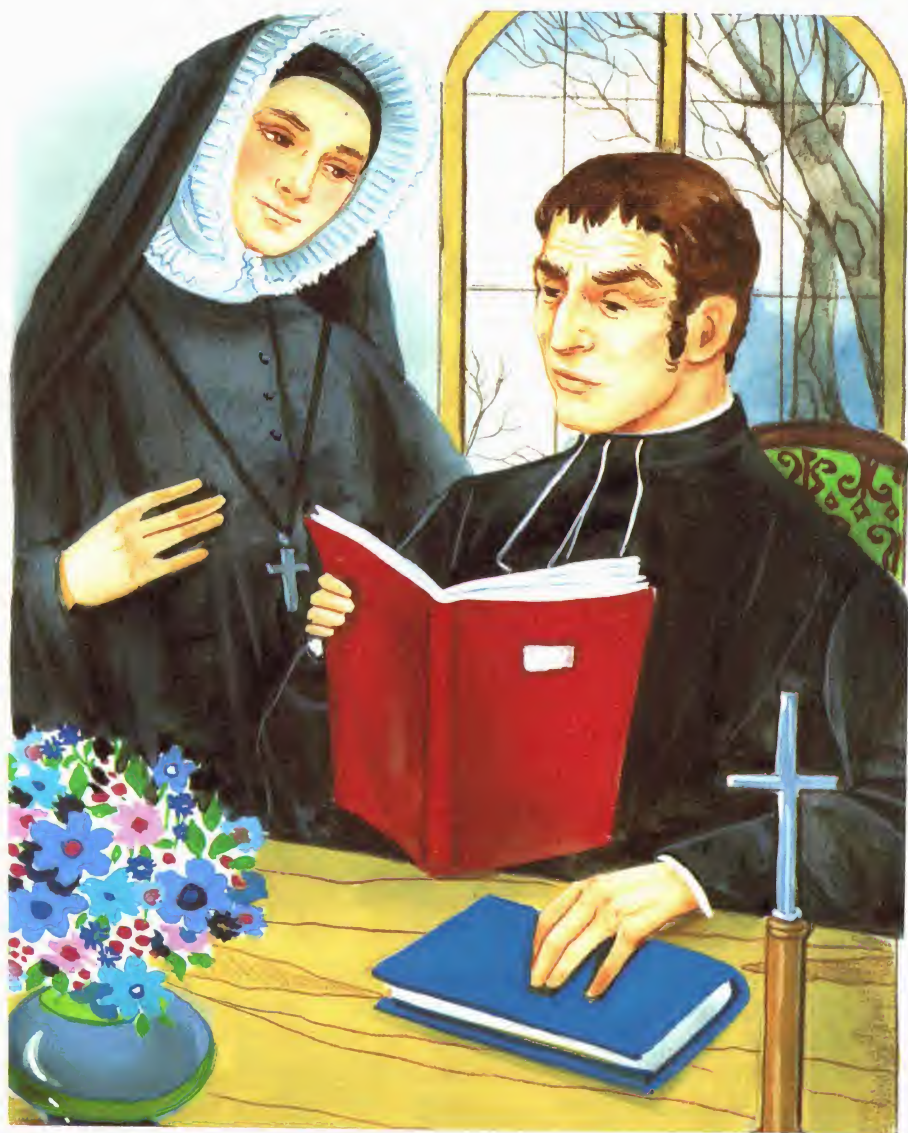
A pesar de que la dirección de su apadrinada y sus compañeras la había entregado a las expertas manos del P. Varín y de otros píos y adiestrados sacerdotes, él seguía preocupándose de la vocación y andaduras de su hermana a la que amaba más que a sí mismo.

La casa parisina de la señora Duval era el refugio clandestino para muchos sacerdotes y religiosos. Allí celebraban sus cultos y allí se fraguó poco a poco el nacimiento de una futura gran obra: *La Sociedad del Sagrado Corazón*.

Se iban agregando algunas otras jóvenes atraídas por las virtudes que adornaban a la joven Barat. Algunas de éstas perseveraban poco tiempo porque no buscaban por completo la voluntad de Dios. Por fin llegó el día tan esperado. Era el 21 de noviembre de 1800, fiesta de María Niña. ¿Qué mejor día que éste para el nacimiento de esta Congregación que se dedicaría a la educación de la niñez y de la juventud?

En el sencillo oratorio de la Sra. Duval y con la asistencia de algunos sacerdotes perseguidos cuatro jóvenes daban comienzo a esta Sociedad del Sagrado Corazón. Dos de estas jóvenes no perseverarán. Una de ellas, ya madura en años y que era la que intentaba llevar la batuta... no valía para ello. Se llamaba Loquet y haciendo alusión a su apellido tenía ideas bastante estafalarias. P. Varín hubo de rogarle que abandonase la obra y en su lugar eligió como superiora a la Madre Barat. Esta no salía de su asombro y se oponía tenazmente pues decía carecía de dotes para ello. Años después dirá P. Varín «Por poco le cuesta la vida. Nunca encontré en ella más resistencia que la humildad».

Así de humilde fue el nacimiento de este ilustre Instituto.



Densos nubarrones

Ya tenemos la Obra y a la superiora que la dirigirá con competencia y prudencia poco comunes, adornada de todas las cualidades pero sobre todo de la de MADRE. Esto, ser Madre, será la nota distintiva que le acompañará a lo largo de toda su vida.

Ya tenían dos casitas: una en Amiens, que fue la primera y otra en Grenoble. Todo caminaba sobre ruedas. De muchas partes les hacían peticiones de fundaciones. Las jóvenes estaban clamando buenas educadoras como ya tenían fama estas discípulas del Sagrado Corazón, hijas de Madre Barat.

Pero las obras del Señor deben de ser acrisoladas por la prueba y persecución de lo contrario es fácil que se desvíen. La Iglesia ha sido siempre perseguida desde que nació porque lo fue su Fundador, y lo será hasta el fin de los siglos. Es como si se añadiera la quinta nota fundamental o constitutiva de la Iglesia: una, santa, católica, apostólica y... perseguida.

La obra de madre Barat también pronto recibió un duro golpe que pudo ser mortal por los ardides con que se revistió.

La Comunidad de Amiens tenía como asesor y padre espiritual a un sacerdote llamado Saint-Estève que tenía humos de fundador y como tal intentó marcar a esta naciente Comunidad. Había religiosas que le aceptaban todas sus manías y cambió todo de aquella Casa, hasta el hábito, la dirección, y hasta les compuso unas nuevas Constituciones. Aquello era todo menos lo que la Madre Magdalena Sofía y compañeras habían ideado guiadas por el P. Varín y otros prestigiosos sacerdotes.

Este señor, Saint-Estève, escribió y propaló por los cuatro vientos acusaciones totalmente falsas contra Madre Barat. Ella dijo:

—«Al fin he encontrado una persona que me trata como merezco».



Arder y lucir

Hasta hace unos años la vida religiosa se dividía en estos estamentos: Vida contemplativa y vida apostólica. Hace unos siglos había también lo que se llamaba Ordenes Militares, que eran propiamente activas. A las apostólicas o de vida activa se les llamaba también de *vida mixta*. En el siglo XIII Santo Tomás decía: «Es mejor arder y lucir que solo arder o sólo lucir». Según este gran doctor lo mejor era, pues, la vida mixta, que participa de las contemplativas, que sería «arder» y de las meramente activas que es «lucir». Los activos lo que han contemplado en la oración lo entregan a sus hermanos los hombres.

Todo esto lo pensó con calma nuestra Madre Barat y trató de meterlo en sus Constituciones que al ser rechazadas las presentadas por el señor cura Saint-Estève las escribió después de muchas horas de oración y asesorada por distinguidos, sabios y santos sacerdotes y religiosos.

Madre Barat era un alma de profunda vida interior y pasaba largas horas entregada a la oración. El Santísimo, su lugarcito, en el coro alto, sabían muchos secretos de esta buena Madre que sólo trataba de amar a Jesús, al Sagrado Corazón, a la Virgen María y de hacer que sus hijas, las religiosas, y sus alumnas, que cada día se multiplicaban prodigiosamente, les amasen y trataran de imitarles.

Madre Magdalena solía decir cuando la algarabía de la chiquillería parecía alborotar la soledad y el silencio de sus casas: «—Lo esencial es conservar el espíritu interior en medio de este jaleo».

Cuando le preguntaban a nuestra madre Barat cuál debía ser el carisma o la pauta de obrar de los miembros de esta Sociedad del Sagrado Corazón, contestaba Madre Magdalena:

—«La generosidad, el Sagrado Corazón de Jesús no quiere sino almas grandes. Hemos de ser todas para todos».



La andariega y fundadora

Ya hemos recordado que conocía la vida y obra de Santa Teresa y que para entenderla muy bien aprendió el español. Era lógico también que como fundadora de esta nueva Sociedad, igual que la carmelita castellana como reformadora, le imitara en sus andanzas por tantos caminos.

Los viajes de aquellos tiempos estaban llenos de dificultades. Cuando llegaban a las posadas a veces se aumentaban estas estrecheces. Escribía sobre una de ellas la MADRE Barat:

«La universidad de las ratas vino a celebrar en nuestro cuarto sus asambleas y era tanto el ruido... que hubiéramos pasado no poco miedo a no tener puesta nuestra confianza en Dios».

En el carruaje se acomodan como pueden y se convierte en oratorio donde se reza, se medita, se habla de planes de futuro aunque la Madre prefiera hablar de actualidad, de la entrega total al Señor. Las hijas la escuchan embelesadas aunque la Madre con frecuencia prefiera callar.

Cuando llegan a los poblados lo primero que preocupa a Madre Fundadora y General es que no les falte la Misa. Van a visitar el Sagrario y a tomar fuerzas para el nuevo trecho que les espera.

En Asís disfrutó en profundidad ante la pobreza del Poverello. Allí encontró a unas religiosas, a las franciscanas del Giglio, del Lirio, con las que trabó tal amistad que empezaron a llamarla como a su «Madre General». Madre Barat fue sumamente generosa con ellas y mandó a la Madre Economa que les diera cuanto tenían.

A veces Madre Magdalena aprovecha la salida o la puesta del sol, el oír cantar un pájaro o la contemplación de un maravilloso paisaje para elevarse a Dios y animar a sus hijas a ver a Dios en la naturaleza. La presencia de Dios no la perdía nunca.



La Madre admirable

¿Quién no queda extasiado ante la contemplación de esta maravillosa imagen de la Virgen por su dulzura, y pureza?

Madre Barat fue desde niña muy devota de la Virgen María y a lo largo de toda su vida trató siempre de imitar las virtudes de la Virgen, especialmente aquellas que más nos refieren las páginas del Evangelio: la fe, confianza en el Señor, la humildad, la pureza, el servicio, el amor a su Hijo Jesús...

En sus cartas habla frecuentemente a sus hijas y a todos que les escribe de la Virgen y cuánto hay que amarla.

En la Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús ha venido ya a ser tradicional y como parte de su carisma esta devoción y tierno amor a la dulce Madre Admirable manifestado en esta imagen que se ha hecho mundialmente famosa.

Solía decir la Madre refiriéndose a esta imagen que pintara una religiosa, hija suya:

—«No se lo que tiene esa Virgencita que con solo mirarla ya se la quiere».

Así de sencillo fue el origen de esta imagen que se venera el original en Santa Trinidad del Monte, junto a la Plaza de España, en Roma, en un antiguo convento de Mínimos y después Casa e Iglesia de las religiosas del Sagrado Corazón.

Estaba en el noviciado la Madre Perdrau, de familia bien y que su madre había enviado a Italia para disuadirla de su vocación, cuando un día, inspirada por el Señor, quiso pasar a un muro del claustro la imagen de la Virgen hilando y con un lirio en la mano, tal como ella la llevaba en su cabecita desde hacía mucho tiempo.

La obra salió perfecta. Empezó a ser venerada por las niñas, por las religiosas, por el pueblo y hasta por el mismo papa. los prodigios que hacía se divulgaron por doquier. Se sacaron copias y se extendieron por todo el mundo. Hoy es venerada en todas partes.

Se fue la Madre, pero vive

Todos los santos se han distinguido más en una virtud que en otras aunque en todas hayan sido ejemplares y las hayan practicado. Madre Barat se distinguió sobre todo en una y una sola palabra las recogería a todas ellas: ERA MADRE. La MADRE. De esto podían dar testimonios abundantes tanto sus hijas como sus alumnas y personas que trataban con ella.

Madre Magdalena era un alma apostólica, llena de fuego en su corazón. Solía decir:

—«Una hija del Sagrado Corazón no puede salvarse sola, ha de salvar a muchos otros también».

La salud de Madre Barat se iba minando poco a poco. Sus trabajos fundacionales, su asistencia de MADRE a todos sus problemas, sus muchos sacrificios con que maceraba su cuerpo... Todo contribuía a que su salud se fuera debilitando de día en día.

Tuvo una gran alegría antes de morir: Ver aprobadas sus Constituciones y bendecida por el Papa. Recibir la visita del mismo Vicario de Jesucristo, de Pío VII cuando iba a París para coronar a Napoleón.

El Instituto se propagaba como el grano de mostaza de la parábola evangélica. Al morir ella ya tenía 111 casas con miles de alumnas de todos los estamentos sociales.

En medio de sus dificultades, que le acompañaron a lo largo de toda su vida, solía decir:

—«Aceptamos la cruz desnuda. Jesús a pesar de todo callaba. Estas palabras son toda mi fuerza».

Ella misma había profetizado la fecha de su partida a la eternidad. Era alma eucarística y deseaba partir un jueves. El día 20 dijo:

—«El jueves vamos al cielo». Y se fue el 25 de mayo de 1865, jueves. Pero VIVE por medio de sus numerosas hijas del Sagrado Corazón extendidas por todo el mundo.